

Reflexiones sobre *Breve Historia de la Locura* de Roy Porter¹.

Juan Capetillo Hernández².
Instituto de Investigaciones Psicológicas.
Universidad Veracruzana, Xalapa.

Resumen.

El artículo discute algunas de las afirmaciones hechas por el autor de *Breve Historia de la Locura*, acerca de Freud y del psicoanálisis. Un libro de divulgación científica convertido en “best seller”, sirve a su autor como trinchera desde la cual lanza ataques sin fundamento al iniciador del psicoanálisis. Desatendiendo la postura metodológica mínima a respetarse, Roy Porter³, prestigiado historiador de la medicina, da rienda suelta a su fobia antifreudiana y formula una serie de acusaciones infundadas a Freud y al psicoanálisis, respecto al papel desempeñado por ellos en la historia de la locura. La naturaleza de las acusaciones y la certeza de que, aún tratándose de un escrito de divulgación, debe acatarse la norma de rigurosidad en el tratamiento de las temas, obligaron la escritura de este texto que polemiza respecto a algunos de los asertos del citado autor. Si bien el interés declarado del artículo es la defensa de la postura freudiana ante las invectivas de Porter, su desarrollo lleva, inevitablemente, a reseñar los contenidos de este texto que, haciendo reverencia a la verdad, incluye aportaciones importantes en la fascinante historia de esa enigmática entidad: la locura.

1. Artículo recibido para arbitraje el 4 de mayo de 2009. Recibido con las correcciones indicadas por arbitraje, el 22 de mayo de 2009.

2. El autor de este artículo se apeg a la clausa de Deslinde de Responsabilidad de Autoría de Subje/Civitas.

3. Porter, R. (2003). *Breve Historia de la Locura*. México: Fondo de Cultura Económica.

Sugerencia para citar este artículo:
Capetillo, J. (2009). Reflexiones sobre *Breve Historia de la Locura* de Roy Porter. *Subje/Civitas*, 3. Consultado el [fecha] en <http://www.subjecivitas.com.mx/num3/capetillo-historia-locura.pdf>

Palabras Clave: Freud, psicoanálisis, locura, psiquiatría, historia.

Abstract.

The article discusses some of the statements advanced by Roy Porter, author of *Madness: A Brief History of Psychoanalysis*, about Freud and about psychoanalysis. A book of scientific diffusion turned into a ‘best seller’ serves its author as an intellectual trench from which he will conduct his unfounded attacks against the founding father of psychoanalysis. Neglecting the minimum of methodological stances to respect, Roy Porter, prestigious historian of medicine, let’s lose his phobia against Freud and formulates a series of unfounded accusations against Freud and psychoanalysis, with regard to the role they played in the history of madness. The nature of the charges and the certainty that, even when it is a book written with purposes of diffusion, they must follow the rule of rigorousness in the treatment of the themes, forced the writing of this paper, which argues against some of the proposals advanced by Porter. While the stated interest of this paper is the defense of the freudian posture before Porter’s invectives, its development inevitable takes the paper into the reviewing of the contents of Porter’s book which, with reverence for the truth, includes significant contributions to the fascinating history of that enigmatic entity: madness.

Key Words: Freud, psychoanalysis, madness, psychiatry, history.

Breve Historia de la Locura del prolífico y prematuramente desaparecido historiador de la Medicina Roy Porter, es un libro informado que ofrece una visión panorámica y como “a vuelo de pájaro” de la historia de la locura en Occidente. Escrito de una manera ágil y de fácil lectura, no deja de reflejar las filias y fobias de su autor, de estas últimas destaca, particularmente, su rechazo a Freud, el cual —como psicoanalista— evidentemente, atrajo mi atención y me llevó a elaborar una respuesta crítica de este texto, polemizando con el autor con respecto a algunas de sus acusaciones a Freud y el psicoanálisis.

Sin que deje de ser fuente importante para los especialistas, se trata de un escrito dirigido al gran público, que busca acercarle los resultados de la historiografía de la locura y de la psiquiatría y que, tanto por su carácter sintético, como por el prestigio del autor, ha llegado a convertirse en un verdadero “best seller”.

Probablemente la preocupación por la brevedad en el estilo a la que obligaba el destinatario, no permitió el tratamiento fundamentado y pormenorizado de algunas afirmaciones, pretendidamente audaces de este autor, que habrían requerido un tratamiento más riguroso para que no quedasen en el terreno de las diatribas y las acusaciones tendenciosas.

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

Aunque por la vía del repudio, la referencia a Freud parece ser importante para este escritor, ya que aparece desde las primeras páginas de su libro en su: *Introducción al Problema*, que lo ocupará a lo largo del texto, y está presente a lo largo de éste prácticamente hasta las consideraciones finales. Su nombre surge —en la posición de acusado— con relación a una problematización que es crucial para todo el relato que nos presenta Porter: la fragilidad y volatilidad de lo que entendemos y hemos entendido —a través de unos 15 siglos— como locura.

En una apelación reverencial al Arte que habla bien de su posición como historiador y que Freud habría aplaudido tan sólo porque hizo lo mismo, Porter se vale de un autor clásico del mundo de la Letras: Shakespeare, y específicamente de la respuesta del Polonio de *Hamlet* ante la pregunta por la locura que consiste —dirá— ‘en estar simple y sencillamente loco⁴’, para destacar el misterio que acompaña a la locura desde los tiempos de las sociedades sin escritura hasta nuestros días, lo que vendría a ser la tesis central de su libro, la cual, a su vez, explica su afirmación final con respecto a la psiquiatría, como una ciencia infatuada de un saber que dice poseer, pero del que en realidad carece, permaneciendo inexpugnable el enigma de la locura, y la psiquiatría como un campo en el que queda mucho por hacerse.

Para sostener su afirmación sobre el enigma de la locura cita la problematización hecha por Thomas Szasz en su famoso texto en el que denuncia el llamado por él: mito de la enfermedad mental⁵. Es desde aquí donde empieza su ofensiva hacia Freud, para lo cual se parapeta en una autoridad, ciertamente no mayor que la de Szasz y, además, usada arbitrariamente. Dice Porter que Freud —según Szasz— resulta uno de los culpables del mito de la enfermedad mental, dado que —cito a Porter—: ‘...su invención del inconsciente (según alega Szasz) prestó nuevos bríos a difuntas metafísicas de la mente y teologías del alma⁶’. Como no está entrecomillado no se sabe si esas son las palabras de Szasz o de Porter, aunque este último las presenta como si fueran del primero.

Esta confusión del sujeto que habla (Porter o Szasz), generada por no presentar una cita textual e incluso por no dar la fuente de manera precisa, refleja un menosprecio a los lectores, ya que supone que no tendrán inquietud o necesidad de confirmar la veracidad de las afirmaciones, como lo muestra el presente caso. Si bien, en efecto, Szasz afirma que la consideración de la histeria como enfermedad auténtica por parte de Freud y no como una mera simulación tal y como se afirmaba en los círculos médicos, contribuyó a la construcción del mito de la enfermedad mental, por ninguna parte

4. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 13.

5. Szasz, T. (1973). *El Mito de la Enfermedad Mental*. Buenos Aires: Amorrortu.

6. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 14.

de su texto⁷ se encuentra una afirmación, ni siquiera semejante, a que con el concepto de inconsciente, Freud hubiese revivido metafísicas mentales o teologías del alma, antes bien, la posición de Szasz ante Freud, si bien errónea en distintos aspectos, no deja de ser de un profundo reconocimiento y deuda con respecto a sus propias elaboraciones. Intentar una posición crítica hacia Freud y el psicoanálisis desde Szasz, decantando sus limitaciones, no deja de ser interesante y puede llevar a resultados fructíferos; sin embargo, hacerlo como lo hace Porter con dichos descontextualizados e imprecisos, es hacer grilla historiográfica.

El paso dado es de una extraordinaria magnitud: enfrentar el enigma de la historia tenía que pasar de manera ineludible por su aceptación como enfermedad genuina y no una mera escenificación, la posibilidad de descifrar la historia sólo podía ser dada al considerarla con plenas credenciales por el discurso médico, esto es lo que abriría la posibilidad misma de, posteriormente, excluirla de éste para ubicarla en un lugar más correspondiente. Se trataba, en el interior del discurso médico de cambiar la posición de Amo desacreditador que negaba la existencia de la historia como defensa por el reto que ésta le lanzaba. La posición de Freud no es la del Amo-Médico exento de fracturas, de castración, y eso es lo que le posibilita construir un discurso —el del psicoanálisis— heterogéneo al de la medicina aunque con relaciones con éste. Esto es algo que Szasz reconoce aunque tímidamente, no con suficiente énfasis, quizás porque si lo hacía restaba visos de originalidad a su propio planteamiento.

Otro ataque sesgado de parte de Porter, más atribuible a él que a su interlocutor del momento: Szasz, es cuando, comentando la opinión de este último sobre lo erróneo de la expectativa de encontrar la etiología de la enfermedad mental en el cuerpo o en la mente, abre inmediatamente un paréntesis después de este término para referirse, rehusándolo categóricamente, a otro posible espacio de localización como: ‘(por no mencionar siquiera alguna suerte de inframundo freudiano)⁸’. Ante esto casi solamente podemos señalar la evidente animadversión que trasluce esta despectiva expresión para referirse, quizás, a alguna de las tópicas desarrolladas por Freud sobre el aparato psíquico, digo que casi no nos deja otra posibilidad más allá de hacer este señalamiento, ya que no es posible abrir ningún tipo de discusión seria ante esta críptica declaración.

De cualquier manera no está de más reafirmar que, quien conoce la obra de Freud, sabe que su concepción del aparato psíquico supera la dualidad cartesiana: mente-cuerpo y que, en lo relativo a la causación de las “entidades” (para no usar términos que recuerden el de “enfermedad mental”) con las que trabaja en su clínica, justamente su labor consiste en desplazarla del terreno de la Medicina, es decir, del espacio del cuerpo

7. Me ha sido difícil hallar, en *El Mito de la Enfermedad Mental*, afirmación alguna que haga del concepto de inconsciente, un concepto metafísico.

8. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 14.

para ubicarla en un topos singular que implica la conjunción del cuerpo, el espacio de lo Simbólico (en el que se incluye lo Social) y de aquello que escapa a ambos sin dejar de hacerse presente, Lacan lo llama lo *Real*⁹.

Nuevamente, sin quedar delimitadas su palabra y la de Szasz, Porter pone en el mismo plano términos como “la enfermedad mental” y “el inconsciente”, y los desacredita al decir que “...no son sino metáforas...”¹⁰ pero, quizás prefigurando una posible objeción a esta descalificación ya que el lenguaje mismo no es sino metáfora, agrega: ‘e incluso como metáforas resultan engañosas’¹¹.

El inconsciente freudiano tiene un estatus de concepto, es, junto con la pulsión, con la transferencia y con la repetición¹², uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Enfermedad mental es una noción, por lo tanto, imaginaria y por lo tanto, impugnable. El inconsciente freudiano es un concepto que tiene un suelo específico en el que su potencialidad teórica y práctica opera de la mejor manera: el campo psicoanalítico, aunque puede tener extensiones más allá de éste; enfermedad mental es una noción aplicativa más específicamente perteneciente al campo psiquiátrico, aunque no es exclusiva de éste, siendo utilizada en el mismo psicoanálisis, en la psicología y en otras disciplinas, como el Derecho. Producto de un poderoso ejercicio de la dialéctica teoría-clínica, como concepto, el inconsciente implica un drenaje de las vaguedades que caracterizan a las nociones y no supone, estructuralmente, una relación forzosa con el ámbito de la enfermedad.

Es claro que “Inconsciente” y “Enfermedad mental” son heterogéneos, tienen usos distintos en esferas diferentes y jerarquías epistémicas distintas. De acuerdo con esto, llama la atención que Porter los equipare y, una vez puestos en el mismo saco, los descalifique como “imprecisos” y atribuya a su uso por parte de los psiquiatras, el que estos últimos hayan “retratado ingenuamente la psique”¹³ Afirmación que lleva a preguntarse: ¿cómo es un retrato “ingenuo” de la mente? ¿Y cuál uno “no ingenuo”? Independientemente de —aquí sí— lo impreciso del término, ¿encontramos en el relato de Porter, ya no la pintura “no ingenua” de la mente, sino al menos los rasgos distintivos de la “ingenua”, de cuya pintura histórica se nos sugirieran elementos para pensar una “no ingenua”? Al señalar que ‘...los enfoques tradicionales de la locura y de su historia resultan viciados por

9. Lacan, J. (1981). *Los Escritos Técnicos de Freud 1953-1954*. En: J. Lacan (Autor). El Seminario de Jacques Lacan, Libro 1. Buenos Aires: Paidós.

10. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 14.

11. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 15.

12. Lacan, J. (1987). *Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, 1964*. En: J. Lacan (Autor). El Seminario de Jacques Lacan, Libro 11. Buenos Aires: Paidós.

13. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 14.

un sinnúmero de conjeturas ilegítimas y de *questions mal posées*¹⁴ ¿Satisface las expectativas generadas de que en su texto encontraremos bien delimitadas y sugeridas las vías para plantear correctamente las preguntas y sostenerse en conjeturas “legítimas”? Que sea el propio lector del libro de Porter el que responda estas preguntas.

En su Introducción distingue, como no podía ser de otra manera, entre la historia de la locura y la de la psiquiatría. La primera está permeada por el misterio que envuelve a la locura y que ha propiciado múltiples concepciones sobre ésta incluyendo la del mito de su existencia. Con respecto a la historia de la psiquiatría confronta el punto de vista de una historia evolucionista que indica un progreso constante en la profesión con posiciones que han invertido esta historia como la de Foucault.

Llama la atención —por cierto— la rápida definición de Foucault como “historiador de las mentalidades”, habría que preguntarse qué opinarían sobre esto algunos de los estudiosos de Foucault que, ante la complejidad de su trabajo, se han cuestionado si es ubicable en la Filosofía o en la Historia.

Con relación a la historia de la psiquiatría y ante la enumeración de desarrollos cruciales de ésta que han suscitado encarnizadas controversias, desliza lo que no puede verse sino como un ataque tendencioso: en la secuencia evolutiva que presenta entre: ‘el surgimiento y la decadencia del asilo, la política de la reclusión obligatoria y luego el “desencarcelamiento” del asilo, los orígenes, la condición científica y las pretensiones terapéuticas del psicoanálisis...’¹⁵ plantea entre paréntesis una pregunta que suponemos tiene en él una respuesta afirmativa: “... (¿fue Freud un fraude?)”¹⁶, frase metida de manera cizañera, más de corte político que científico que, tomándola jocosamente, hasta podría sugerir un trabalenguas más o menos en estos términos: ¿fue Freud un fraude freudiano fraudulento? o ¿fue Freud un fraude fraudulento freudiano?

Otra invectiva contra Freud de mayor alcance político e ideológico (no científico) aparece en el capítulo posterior a la Introducción, titulado. “Dioses y demonios” y la comentaré en los siguientes párrafos; la traigo con relación a la Introducción dado que, junto con los ya señaladas, justifican un escepticismo ante la afirmación del autor en su Introducción de que su trabajo: ‘...no pretende definir la verdadera locura o desentrañar la *naturaleza*¹⁷ de la enfermedad mental; se conforma con ofrecer una *breve, intrépida e imparcial*¹⁸ exposición

14. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 14.

15. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, pp. 18-19.

16. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 19.

17. Cursivas en el original.

18. Cursivas añadidas.

de su *historia*^{19 20}. “Breve” lo es, sin duda, incluso en parte por lo mismo resulta insuficiente para emprender análisis y debates pormenorizados. “Intrépida” esta autocalificación indicaría, creo, más bien una elevada apreciación de sí mismo de parte del autor porque, ¿es realmente intrépido su relato? ¿hay alguna tesis fuertemente controversial o que impulse un vigoroso trabajo de investigación? “Imparcial”, al menos —a la luz de lo expuesto— no con respecto al papel que le habrá tocado desempeñar al psicoanálisis en la historización de estas dos entidades fuertemente imbricadas: la locura y la psiquiatría.

Continuando con el comentario de este nuevo ataque, uno de los aspectos claramente delimitados en el texto de Porter es el pasaje de las concepciones sobrenaturales de la locura a las naturalistas. Este ocurre en el tránsito de la Antigua Grecia a la Grecia Moderna, esto ocurre en el tránsito entre Homero como relator de la Grecia Antigua, en la que los hombres estaban sometidos a los designios de los dioses, y la triada de Esquilo, Sófocles y Eurípides, quienes perfilan la Grecia Moderna, hay ese salto que va desde concepciones sobrenaturales de las cosas, incluida la locura, a una concepción más naturalista. Con el cristianismo se opera un retroceso a las concepciones más antiguas y se concibe la locura como resultado de posesiones divinas o demoníacas, lo que justificó la persecución inquisitorial de las brujas de la Edad Media, acusadas de posesión diabólica. Desde mediados del siglo XVI y principios del XVII fue dándose el paulatino cuestionamiento de estas posiciones dirigiéndose a una localización de la locura en el cuerpo, independiente de intervenciones sobrenaturales, que derivaría en la sustitución de las antiguas brujas por las nuevas histéricas.

Porter comenta que en el cambio a una concepción natural sobre la supuesta locura de las brujas que arribó en la histeria, la despenalización jurídica advenida, no las libraba de la estigmatización al ser, ahora, las histéricas, acusadas de fraude. Es aquí justamente donde Porter intercala un comentario en el que vuelve a sus andadas contra Freud, aunque ahora con un atentado francamente manipulador, pese a que no se trata de una crítica consistente, que atente contra el edificio teórico del psicoanálisis, por su espectacularidad voy a conferirle un poco más de espacio, iniciando con la cita en extensión de lo dicho por este autor que comentamos:

Las intervenciones médicas como la de Jorden podían exonerar a una mujer que de otro modo sería considerada aprendiz del Diablo y, así, ésta se salvaba de ser condenada a muerte. La desventaja, por supuesto, era que entonces podía ser acusada de “fraude” por comportarse como una bruja impostora. En los siglos venideros las mujeres “histéricas” fueron estigmatizadas de modo similar al que lo habían sido las “brujas”, aunque ahora estaban libres de las penalidades jurídicas: cambió el diagnóstico pero se mantu-

19. Cursivas en el original.

20. Porter, R. (2003). *Op. cit.*, p. 16.

vo la misoginia. (*esto que podría haber sido dirigido a muchos y a nadie al mismo tiempo, tiene, sin embargo, un destinatario concreto, como se ve en la continuación de la cita*²¹.) En una carta muy reveladora dirigida a su amigo Wilhem Fliess, Freud escribió que podía entender a los cazadores de brujas del pasado (Porter, R., 2003. *Op. cit.*, pp. 36-37).

En otras palabras: Freud es un acusador de fraude a las histéricas, por lo tanto, las estigmatiza, consecuentemente es un misógino y, no bastándole con eso, es alguien que justificó la persecución de las “brujas” ¡Qué barbaridad! ¡Con esas credenciales qué validez o importancia pueden tener los escritos de un fraudulento acusador de fraude!

En primer lugar sorprende que un historiador de la talla de Porter, desconozca que fue precisamente Freud quien retiró de las histéricas la acusación de fraude, a partir de sostener que en los síntomas corporales de las histéricas había una palabra soterrada sobre el sexo a la que había que dejar lugar para hacerse escuchar, no solamente se trataba de impugnar el marbete descalificador de fraudulentas, sino que era necesario crear las condiciones para que la palabra reprimida de la histérica y que se manifestaba en sus síntomas corporales pudiera presentificarse.

Aún más, si esto no fuera suficiente para la “reivindicación” contraria a la estigmatización proclamada por Porter, cabría recordar el gesto de Freud que transformó radicalmente la relación con el “enfermo mental” al eliminar la distancia entre médico y “enfermo” cuando se asume como histérico; es decir, cuando pasa al otro lugar y procede a efectuar su llamado “autoanálisis” con lo que se estableció, a partir de entonces, como parte ineludible en la formación de todo psicoanalista, el paso por un psicoanálisis. Por otro lado, Porter dice que se trata de ‘...una carta muy reveladora...’ ante lo que cabría plantearse un sinfín de posibilidades porque no es explícito con respecto a qué es reveladora. Aunque no lo explicita, evidentemente se refiere a una misoginia imputada a Freud y que sería la que explicaría todo, expresión con la que quiero decir: todo lo malo que es el psicoanálisis, si este surge de un diálogo con la histeria y este diálogo está “viciado” por la misógina estigmatización de Freud hacia las histéricas, entonces todo lo demás vale lo que un cacahuete.

Este es quizás el mensaje que el autor quiere transmitir a sus múltiples lectores informados o no del trabajo de Freud, los considere enterados o no, interesados o no en el texto freudiano, parece serle algo secundario ya que espera que acepten —unos u otros— la información presentada sin necesidad de verificación, debido a que no da la referencia de la carta a la que hace mención, haciendo, si no imposible, sí algo difícil localizar ese documento para verificar o no su aseveración. Una vez localizada la citada carta y habiéndola revisado con detenimiento, se percata uno de que al autor de *Breve Historia de la Locura* le pasó como a aquel que le señalaron la luna y se quedó viendo el

21. Cursivas añadidas.

dedo: Freud se refiere a la manera en que concibe la severidad de los jueces inquisitoriales de la Edad Media y no que simpatiza con ellos tal y como, de manera manipulada, trata de presentárnoslo Porter.

La carta en cuestión, del 24 de enero de 1897, así como la anterior del 17 de enero de 1897²² reflejan una discusión que venían sosteniendo Freud y Fliess sobre el tema de una eventual religión del Diablo, de tiempos primordiales y cuyos ritos se prolongaban en secreto. La postura de los jueces de la inquisición —entiende Freud— es la de pretendidos exterminadores de estos retoños. Llama la atención que un historiador como Porter deje de lado la postura metodológica y se deje llevar por sus fobias en la interpretación de los datos: es inconcebible que no haya pesquisado el sentido de ese pasaje de la obra de Freud para reducirlo a una banalidad: se trata nada menos que de la evidencia del interés temprano, por parte de Freud, en temas antropológicos e históricos como la brujería y la posesión diabólica, y sobre los cuales seguiría trabajando llegando a presentar elucidaciones cuyo interés rebasa al campo psicoanalítico.

Examinaré un par de momentos más del embate a Freud desarrollado por Porter a partir de afirmaciones apresuradas y sin explicitar sus fundamentos, si es que los tienen, estos dos no agotan la abultada lista, pero me limitaré a ellos a fin de no extender demasiado la presente contestación crítica del libro *Breve Historia de la Locura* de Roy Porter. Evidentemente es un texto que no aborda únicamente la participación de Freud y del psicoanálisis en la historia de la locura, comprende también muchos otros aspectos de esta fascinante trama, como también puede verse en algunos pasajes de este escrito, sin embargo, la virulencia e inconsistencias de las críticas de Porter a Freud, obligan a centrarse en ellas, aunque de manera incompleta dada su abundancia, con lo cual corremos el riesgo —asumido— de descuidar otras cuestiones importantes contenidas en el texto.

¿Redució Freud la religión a psicopatología como lo afirma Porter en la página 41 de su texto? Evidentemente que no. Afirmarlo es pretender reducir a simplezas un pensamiento complejo. En principio la noción de psicopatología, aunque no de manera completamente formulada, sufre un cuestionamiento por Freud, a través del cual no sólo se transforma el sentido médico de términos como neurosis, psicosis, perversiones, sino que se le expulsa ya que deja de tener operatividad en la práctica psicoanalítica, esto a pesar de que no se haya construido una terminología alternativa, es decir, aunque continuaran usándose los mismos términos con la lamentable carga de ideología médica. Pero no habría que esperar que Freud lo construyera todo, pues no es ningún Padre Primordial.

Thomas Szasz considera que fue un error de Freud el haber asumido la histeria como enfermedad aunque no de etiología orgánica, gesto, este último, que se aprueba porque constituye el primer paso para mover el campo de fenómenos fuera de la Medicina y por

22. Freud, S. (1976). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99])*. En: S. Freud (Autor). *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu. Pp. 283-285.

lo tanto, el primer paso para la impugnación del concepto de enfermedad mental, es decir, por un lado hay un reconocimiento a la acción de Freud de poner a la histeria en función de determinantes que están más allá de los órganos y aparatos (aunque inciden sobre éstos), pero se le reprocha que no haya dado el paso “completo” que implicaría tanto la no consideración de la histeria como enfermedad mental como, simultáneamente, la construcción de una terminología *ad hoc* al nuevo espacio relacional, como algo que tuviera que estar dado de una vez por todas, como si no tuviera que irse construyendo paulatinamente, con lo cual, se asume una visión no propia de un historiador: querer hacer pensar a Freud como si fuera un hombre del presente.

Esta es una primera consideración a hacer cuando se analizan frases semejantes a: “la religión es la neurosis obsesiva de la humanidad”, en las que pudo haberse basado la observación de Porter. Hay que partir de la concepción sobre la psicopatología a que conduce el psicoanálisis, no se trata de enfermedades mentales, sino de posiciones del sujeto ante las cuestiones importantes de la vida: la muerte, la sexualidad, el amor, la familia, en una palabra ante el Otro y, especialmente, ante la castración de este Otro. Si bien Freud hace este planteamiento en *El Porvenir de una Ilusión*²³, no le interesa considerar a la religión como una enfermedad, se trata de un estado de cosas que responden a un infantilismo de la humanidad, al hecho de que no haya encontrado una solución, por medio de la razón, al desamparo en que se encuentra ante los peligros de la naturaleza y la acechanza de la muerte.

Otra cosa —aquí concedemos— es lo que constituye el núcleo de la ilusión de Freud expuesta en este texto fundamental: una esperanza en el progreso de la humanidad hacia sendas más racionales iluminadas por los rayos de la ciencia, progreso para el que el momento de predominio religioso aparece como un “estadio” a superar para arribar a una edad madura, ilusión que como tal se sitúa en el terreno ideológico y no científico y que hace a Freud susceptible de críticas por esta concepción evolucionista y por la analogía entre el desarrollo individual y el de la humanidad.

Volviendo a la afirmación de Porter que nosotros convertimos en pregunta: ¿redujo Freud la religión a una psicopatología? Seguimos aportando por la negativa si consideramos que otra parte importante del análisis de Freud sobre la religión es considerar a la misma como una ilusión, como una creencia que busca el cumplimiento de deseos, planteamiento que le llevará a una conceptualización fundamental sobre las raíces psíquicas de la religiosidad en términos de añoranza por el padre, ante la indefensión infantil redoblada por el desvalimiento del propio adulto. La esencia de la religiosidad no reside en el sentimiento de insignificancia y orfandad del hombre frente al universo, dirá Freud, sino que ésta adviene en el paso siguiente: la reacción que busca auxilio frente a ese sentimiento.

23. Freud, S. (1976). *El Porvenir de una Ilusión*. En: S. Freud (Autor), *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

La tesis de la locura como un enigma irresuelto, guía la descripción que hace Porter de la historia de la locura en las distintas épocas de la humanidad. Aunque no lo dice expresamente con respecto al psicoanálisis —sí con respecto a la psiquiatría— se desprende la crítica a éste —relacionada con el núcleo de su planteamiento fundamental— como pretendido poseedor de la verdad de la locura y, cual Edipo ante la Esfinge mítica, como descubridor de su enigma. Si alguien, desde el psicoanálisis, pretendiera sostener esta posición sería más que pertinente la crítica de Porter, aunque no localizamos en Freud ni en los principales exponentes del psicoanálisis semejante postura, y aunque sí, indudablemente, valiosos aportes que contribuyen a avanzar sobre lo Real de la locura sin pretender disolverlo de manera absoluta, al igual que lo han hecho otras aproximaciones al fenómeno. Es pertinente recordar al respecto que, a pesar de haber hecho contribuciones centrales al estudio de las psicosis, Freud consideraba que el psicoanálisis no era apto para su cura, dado que los sujetos psicóticos no entran en relación de transferencia, y sin ésta no puede haber un proceso psicoanalítico. Es claro que esta concepción cambió en la era post-freudiana.

Roy Porter localiza el momento de impacto del psicoanálisis en el campo de la psiquiatría y la locura en la primera mitad del siglo xx, luego de habernos relatado la trayectoria del trato dado a la locura desde la Grecia Moderna, pasando por los siglos del oscurantismo religioso, los albores de la modernidad, hasta los siglos xviii y xix. De acuerdo al relato de Porter podemos trazar una serie nocional —ciertamente no exhaustiva— en los siguientes términos: responsabilidad doméstica de la locura → segregación y reclusión más formal hacia el final de la Edad Media, asociada con la caridad cristiana—primeros asilos→ confinamiento masivo—represión de la locura con el advenimiento del absolutismo → posibilidad de la psiquiatría—expectativa de solución de la locura por los tratamientos psiquiátricos asilares→ surgimiento del tratamiento moral—abandono de métodos médicos por morales: amabilidad, suavidad, etc. → mentalidad positivista—expectativas de cura de la locura por tratamiento moral → tratamiento moral—clasificación psiquiátrica → alianza psiquiatría-neurología→ a mediados del xix: edad profesional de la psiquiatría → uso de sedantes como dispositivo de control → decline de esta expectativa de cura debido a la ausencia de resultados hacia el final del xix—pesimismo de la psiquiatría →Freud y el psicoanálisis.

De esta trayectoria, insuficientemente resumida en la lista anterior, destaca el pasaje del asilamiento cristiano caritativo a la locura y su secularización en el siglo xvii, la que daría paso al surgimiento de la psiquiatría como rama de la medicina encargada de la, así llamada, alienación mental.

Si bien coincide con Foucault en el fechado del fenómeno que el investigador francés llamara: el Gran Encierro (en el siglo xvii con el surgimiento del absolutismo), difiere de él en cuanto a las causas que lo motivaron y las consecuencias que produjo, siendo una de las más importantes la emersión de la psiquiatría. Este punto sería una de las polémicas de interés desarrolladas en el libro que comentamos. Reseñar la polémica con Foucault

Subje/Civitas

Estudios Interdisciplinarios
sobre Subjetividad y Civilidad

NO. 3

ENERO-JUNIO | 2009

ISSN 1870 6932

—quien, por cierto sostuvo una relación ambigua de acercamiento y rechazo a Freud— nos desviaría de nuestra principal motivación: presentar este relato crítico discutiendo con el autor con respecto a sus afirmaciones sobre Freud y el psicoanálisis.

Ciertamente en diferentes partes del mundo, incluyendo a México, el psicoanálisis constituiría una alternativa de aproximación teórica y terapéutica a la locura en, prácticamente, toda la primera mitad del siglo xx, compitiendo encarnizadamente con la psiquiatría orgánica, que basa su terapéutica en la administración de fármacos. Para la historia de la locura, de la psiquiatría y del mismo psicoanálisis resulta sumamente pertinente investigar, reseñar y analizar el papel jugado por Freud y el psicoanálisis en este que no puede dejar de mencionarse como un ejemplo de extensión de su suelo natural, del dispositivo freudiano; es decir, ir al hospital, vérselas con la locura, supone un campo de aplicación que está más allá del dispositivo original diseñado por Freud: el propio del trabajo del consultorio; desde luego que es de mucho interés tanto para el psicoanálisis, la psiquiatría y la locura saber qué pasó en esta experiencia de extensión, ¿de qué manera el psicoanálisis y la locura resolvieron el encuentro que les estaría predestinado en esa mitad de siglo? ¿qué ha pasado después y en la actualidad con uno y otro?

Ante la relevancia de estas preguntas, ¿constituye el libro de Porter una fuente confiable y objetiva para el análisis de este periodo de la historia de lo que constituye el objeto central de su libro: la locura? ¿Podemos confiar en su narrativa histórica acerca de lo ocurrido en esta primera mitad del siglo xx con la relación psicoanálisis-locura y a partir de ahí intentar responder las preguntas planteadas y otras similares? Que lo juzgue el lector cuando se encuentre con frases como las siguientes: ‘...Freud aportó un enfoque materialista al estudio de la humanidad; consideró que la mente se reducía al cerebro... (Porter, 2003. *Op. cit.*, p. 179’ (¡sic!)). ‘Aunque se veía a sí mismo como un científico, sus creencias estaban destinadas a encontrar su máxima aclamación e influencia en la narrativa literaria, el arte y las películas de cine (Porter, 2003. *Op. cit.*, p. 183’ (¡sic!))’.

A riesgo de parecer reiterativos, insistimos en el señalamiento de la desviación metodológica de Roy Porter cuando, tratándose de Freud y el psicoanálisis, antepone sus predilecciones a los análisis documentados y rigurosos y, además, lo hace de manera parcial con frases efectistas, no sustentadas y descontextualizadas.

Otro ejemplo claro de esta fobia de Porter hacia Freud, con cuyo comentario cerramos este texto, lo encontramos en su afirmación —yo no diría intrépida, sino temeraria— de la página 85 donde, en el contexto de un recuento de la relación genio-locura, considera que Freud perpetuó una estigmatización finisecular a los artistas acusados de locos, por ‘...considerar al arte como hijo de la neurosis (Porter, 2003. *Op. cit.*, p. 85)’ y acto seguido afirma, sin dar fuentes, que esto provocó desconfianza en Virginia Woolf acerca de los “*propósitos*” (Cursivas y entrecomillado añadidos) freudianos, y habría di-

cho (suponemos, porque arbitrariamente no queda claro si lo dice Virginia Woolf o Porter) la vana frase: ‘el psicoanálisis, en caso de funcionar, sería la muerte del novelista (Porter, 2003. *Op. cit.*, p. 85)’.

Resulta verdaderamente decepcionante que un libro fuertemente documentado (como lo muestra la bibliografía) y con algunos desarrollos muy interesantes sobre la historia de la locura, se permita este tipo de ligerezas que hacen a su denuncia un imperativo. No sólo no señala dónde habría dicho Freud que el arte es hijo de la neurosis o Virginia Woolf que el psicoanálisis acabaría con el novelista, sino que, muestra un profundo desconocimiento de aquellas elaboraciones freudianas sobre el arte que lo colocan en un carril distinto al de la neurosis, en tanto que implica a la sublimación como un destino de la pulsión, distinto al que conduce a la neurosis, con lo que se muestra lo que afirmábamos en una de las primeras páginas de este escrito: estructuralmente el inconsciente no tiene una relación forzosa con la noción de enfermedad; en términos de Freud: ‘No todos los neuróticos poseen un gran talento para la sublimación; de muchos se puede suponer que en modo alguno habrían enfermado si poseyeran el arte de sublimar sus pulsiones (Freud, 1976. p. 118²⁴)’.

Queriendo concluir, y no casualmente, con esta referencia al arte, señalaremos el contraste entre esta canallesca acusación lanzada a Freud de “estigmatizar al artista” con su permanentemente ejercitada y respetuosa reverencia al Arte y al artista al considerar que, aunque en otro estilo, lo que él vino a decir con el psicoanálisis está ya contenido en grandes obras clásicas de la Literatura Universal, producto de autores como Sófocles y Shakespeare, por citar a dos de los más importantes.

Bibliografía.

- Freud, S. (1976). Sobre la Dinámica de la Transferencia. En: S. Freud (Autor). *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976). El Porvenir de una Ilusión. En: S. Freud (Autor). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1976). Fragmentos de la correspondencia con Fliess (1950 [1892-99]). En: S. Freud (Autor). *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1987). Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis, 1964. En: J. Lacan (Autor). *El Seminario de Jacques Lacan*, Libro 11. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1981). Los Escritos Técnicos de Freud 1953-1954. En: J. Lacan (Autor). *El Seminario de Jacques Lacan*, Libro 1. Buenos Aires: Paidós.

24. Freud, S. (1976). *Sobre la Dinámica de la Transferencia*. En: S. Freud (Autor). *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

Porter, R. (2003). *Breve Historia de la Locura*. México: Fondo de Cultura Económica.
Szasz, T. (1973). *El Mito de la Enfermedad Mental*. Buenos Aires: Amorrortu.